

Short Erotic Stories #2

La panadera rolliza y el lechero marionetil



Mi querida panadera

-¡Eeeeeel lecheroooo!¡Ha llegadoooo el lecherooo!

Martha bajó las escaleras a todo correr, olvidándose de ponerse las zapatillas al salir de casa. Por el camino casi se tropieza con uno de sus pavos, pero por suerte no hubo que lamentar ningún accidente avícola en su carrera hacia la verja de la casa.

-¡Por un momento pensé que no vendrías!-Martha suspiró mientras extendía las manos para recoger su pedido.-¡Esto del banquete del ricachón del pueblo va a sacarme de quicio!

-¿Cómo creías que podría fallar a mi mejor cliente? No tenías necesidad de salir disparada, que no me voy a ir a ninguna parte.-Oliver anotó los datos del pedido en su libreta y le tendió las dos primeras cajas de leche fresca. A pesar de su reducido tamaño, el muñeco era bastante resistente y no le suponía un gran esfuerzo.-Venga, que ya lo preparas todo hoy y te puedes ir de vacaciones.

Martha suspiró mientras cargaba las cajas de botellas en una carreta que había dispuesto el día anterior. Oliver le fue ofreciendo el resto de botellas que había encargado. Aunque en ese momento no podía ver su rostro por la gorra que llevaba puesta, su boca tallada esbozaba una sonrisa. Cuando la joven mujer pelirroja terminó, rebuscó en el bolsillo de su albornoz el dinero y se lo entregó al muñeco. Este se quedó parado un momento al momento de mirar hacia ella, pero finalmente lo recogió con un tímido "gracias" antes de empezar a cargar las botellas de la entrega anterior.

-Lo que me vendría bien es algo de ayuda. Hay demasiado que preparar. No sé si me va a dar el horno para preparar todo el encargo. Encima exigiendo que todo fuera fresco del día, así que no he podido dejar casi nada preparado.-Martha empezó a sentir algo de frío, y comprendió que su albornoz estaba demasiado abierto. Uno de sus pezones había decidido ir por libre. Lo cerró a toda prisa.-Encima, tener que ponerme a hacer ya a las 5 de la mañana los malditos bollos...-Dijo, con sus últimas palabras temblando de vergüenza, pensando en que tal vez Oliver había visto su pezón escapista.

-No se me da muy bien la panadería, lamento decir.- El muñeco se giró con precaución hacia ella mientras cargaba la última caja y anotaba en su libreta.-¿Y tus hijos?

-Se fueron ayer por la noche, tenían un concierto que llevaban esperando mucho tiempo... En momentos como este una diría en plan cliché que echa de menos a su marido, pero me hubiera quedado en las mismas.

Martha se quedó en silencio un momento mientras pensaba en el holgazán de su ex. Oliver, cómplice, evitó comentarios despectivos y le tendió su pequeña mano de madera. Martha la estrechó.

-Mira, si me dejas, en cuanto termine el reparto me acerco e intento echarte una mano. No es mucha cosa, pero algo podré hacer.-Se quitó la gorra durante un momento para peinarse un poco, dejando varios de sus flecos rubios aún desordenados.-Nos vemos en unas pocas horas, ¿vale?

Martha cogió los manillares de su carreta y le asintió positivamente, antes de que la marioneta subiese a su carro para retomar de nuevo el curso de reparto. Martha suspiró otra vez más, pero al

contrario de las anteriores veces, esta vez por el cálido sentimiento de opresión que se alojaba en el pecho. Desde que se divorció, su trabajo y sus hijos habían sido su vida y eso fue suficiente durante mucho tiempo. Pero poco a poco sentía que el fiel lechero era otra pieza que deseaba encajar en su vida.

De todos modos, el caso de Oliver era particular. La mayoría de muñecos vivientes solían vivir en la ciudad, donde solían ser más aceptados por la gente joven y no en los pueblos, donde los más mayores tenían prejuicios y miedo. Pero aquella pequeña aldea había aceptado al joven de madera sin mucho alboroto. Era puntual en el trabajo, le sonreía a todo el mundo y era especialmente cortés.

Martha cargó la carretilla hasta una de las ventanas de la cocina y entró en la casa para empezar a recogerlas a través de esta. Cuando finalmente tuvo todo dispuesto, empezó a llenar las jarras para preparar todo el material en la medida. Tenía que hacer distintos tipos de panes y bollos, lo cual era bastante más pesado que solo hacer la misma barra. Al menos todo lo que no era cocinar estaba predispuesto, así como las medidas. Decidió ir a cambiarse una vez cerró la ventana, para estar

ya vestida. Mientras cerraba, observó como aún estaba tan oscuro que apenas se veía el exterior. Sin embargo, sus pavos y pollos ya habían empezado a desperezarse y a buscar comida por su jardín. Deberían ser casi las 6 de la mañana.

El calor de la leña encendiéndose empezó a reconfortar su cuerpo. Por suerte, esa es una de las ventajas de trabajar con el horno, aunque ahora solo fuera el calor justo para ayudar a fermentar las masas. Sus manos empezaron a trabajar con las primeras masas, para hacer dos tipos distintos de bollos de chocolate, que serían los que más tiempo de fermentación requerían. Mientras empezaba a amasar y se recuperaba del frío, su cuerpo empezó a coger ritmo gracias a la radio, que había encendido para animar el ambiente. Aunque se quejara durante toda la semana tras recibir el cuantioso encargo, sabía que era capaz de cumplirlo si se ajustaba bien al plan que había hecho. Además, ¿dónde estaba la gracia sin tener un reto?. Martha empezó a canturrear mientras terminaba la primera tanda de masa. La pequeña cocina rústica ofrecía ahora un delicioso olor azucarado que todos sus visitantes adoraban.

Cuando se quiso dar cuenta, ya había preparado toda la masa para los bollos de

chocolate, con una fermentando y otra enfriando para convertirla en capas para hacer unos bollos más crujientes, como un croissant. El chocolate ya estaba preparado el día anterior en dos grandes cubos, donde reposaba en trozos, unos para ser pepitas y otros para hacer una ganache. El olor se incorporó al del azúcar, envolviendo el aire de la cocina mientras los primeros rayos de sol entraban, ofreciendo un festival de colores amarillos, naranjas y marrones. Martha tuvo que ponerse una mano para poder ver. Sus cabellos rizos de color caoba brillaban a pesar de su gorrito para cocinar.

-Mira que bien... pues he terminado antes de lo que pensaba.- Se sentó un momento y miró el papel del pedido donde tenía anotado todo el plan del pedido. -Solo tengo que preparar la masa de los bollos de leche sin chocolate, y el pan de hogaza... Y ya solo queda hornear...

<<Creo que puedo echarme una siesta
pequeñita...>>

Sí, era un buen plan. Una cabezadita antes de preparar el resto de masas. Ni siquiera necesitaba una taza de leche caliente o pastillas. El calorcito del horno y el sol entrando a la estancia junto con el dulzor era más que suficiente. Se

sentía tan extasiada, que en pocos segundos su cuerpo ya había entrado en modo relax.

-¿Martha?¿Estás ahí?

Oliver empezó a tocar el timbre. Necesitaba extender bastante el brazo, pero se las apañó para pulsarlo con fuerza. El sonido de la melodía que sonaba a un pájaro cantando que Martha había escogido graznó lo suficiente como para despertarla. Ella notaba sus párpados pesados, pero logró abrirlos mientras se desperezaba. El timbre sonó una vez más.

-¿Eh?¿Quién...?

Martha miró el reloj. Eran casi las 9 y media. ¡Se había quedado dormida más de una hora por lo menos! Como un rayo, saltó de la silla y fue a abrir la puerta. Oliver apenas se inmutó cuando abrió con ímpetu, casi arrancando la puerta del sitio. Ya estaba bastante acostumbrado a que ella fuera un poco cabra loca y no le importaba. Él se quedó mirándola, cubierta de harina y con su gorrito sanitario. Sin mediar palabra, Martha le agarró del brazo y tiró de él para llevarlo a la cocina.

-¡Toma este cuenco, tiene ya la harina necesaria, y ponle esas jarras de leche, azúcar, y huevo poco a poco y vas mezclando! Yo mezclaré la otra masa que tengo pendiente y así podremos dejarlas fermentar mientras horneamos las que ya están.-Todo aquello dicho sin pausa alguna.

-Eh, sí, claro. -Oliver se recompuso y se remangó las mangas de su camisa. Se había cambiado la ropa por muda limpia para ayudarla. Martha le alcanzó un delantal para que se pusiera a trabajar de inmediato y otro gorro de plástico.-Oh, tranquila, a mi no se me cae el pelo. - Se dió un tirón a su pelo rubio pajizo para mostrarle su resistencia, y después se limpió un poco las manos.- Está bien pegado.

-Oh, de acuerdo. Bueno, haz lo que te he pedido, por favor. Ah, y lo siento...-Martha notó que se ponía roja.- Me he quedado dormida...

-No me extraña, la verdad. Pero tranquila, que ya nos repartimos ahora el tema...

Oliver empezó a hacer la mezcla de la masa siguiendo las indicaciones de Martha, que preparaba el pan en la mesa directamente. Esta le iba guiando poco a poco para que no fuera tan

dubitativo. El muñeco estaba subido a un taburete para llegar a las cubetas en la mesa, lo cual Martha encontraba simpático, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. Probablemente él se lo tomaría bien, pero no quería abusar de su confianza. Era un buen tipo al fin de cuentas. Cuando ya tenía la masa lista, la puso en una de las estanterías para dejarla fermentar tapada con un trapo. Martha sacó otro de los baldes, que ya tenía previamente una masa lista. Le pidió que le echara uno de los cubos de chocolate removiera con cuidado para que se mezclaran. Cuando estuvo listo, ella ya tenía la masa de pan lista para su reposo.

-Muy bien, déjame que te explique cómo darle forma a los bollos. Cogemos y dividimos esta masa en dos... y luego otra vez cada parte en dos...

Ella preparó cuatro grandes círculos de masa y sacó un cortador para dividirlos en aún más partes pequeñas. Con gentileza, sujetó una de las pequeñas porciones.

-Fijate.-Ella empezó a mover la masa en las manos con gentileza, utilizando la palma y rotando hasta formar una bola casi casi perfectamente redonda.-El truco está en no apretar ni dejar que

caiga sobre su peso en la otra palma. Suave, pero con maña.

-Me quedo igual que antes...Pero vamos a intentarlo.

-Suerte que tienes las manos frías. Así no tienes que preocuparte de sobrecalentar el chocolate y que se te queden pringosas. ¡Ah, ponte un poco de harina antes de manejar la masa!

-Martha le sujetó las pequeñas manos de madera y las embadurnó con un poco de harina. Notó que Oliver empezaba a ponerse colorado.- Ah, perdona. Soy un poco bruta, ¿verdad?

-Bueno... intensa... Pero no hay problema.- Oliver procuró mantener sus ojos fijos en las manos para evitar su mirada. Normalmente eso era un protocolo que los muñecos seguían para no incomodar a la gente con su mirada fija, debido a que a alguna gente le provocaban temor. Sin embargo en aquel momento genuinamente deseaba que su rostro no expresara nada particularmente personal.- Déjame, que me apaño...

-Sí, sí...-Martha retomó otra de las porciones y empezó a preparar bolas con una rapidez

sorprendente. A Oliver le costaba bastante seguir el ritmo, pero las pocas que pudo hacer antes de que ella terminara al menos no parecían un churro.
-Lamento haberte arrastrado a esto.

-No te preocupes. Amasar los bollos de leche es divertido, la verdad.- Oliver se paró un momento a pensar en lo que había dicho.- Los de pan, digo... No me refería a...

-Deja de ser tan formal. Un hombre tan jovencito y educado seguro que tiene sus fiestecillas por ahí, ¿verdad? -Martha notaba que se ponía aún más colorada, pero lo estaba pasando bien.- Cuando quieras amasar mis bollos de leche, aquí me tienes. La cara de Oliver estaba cada vez más roja. ¿Cómo podía un rostro de madera ruborizarse de esa manera? Martha le dio un pequeño codazo, aunque se arrepintió cuando sintió que su codo golpeaba algo duro. Se sacudió un poco el dolor y puso la última bola en la bandeja para el horno. -¡Que es broma, chaval!

-Eres una fiestera, ¿verdad?.- Oliver cargó otra de las bandejas y se acercó al horno, pero con precaución. Comprensible para alguien de su tipo.- ¿Cuánto tiempo tardará cada tanda?

-Probablemente en unos veinte minutos.
Pero lo bueno es que puedo poner las dos bandejas a la vez, así que tampoco se tardará tanto.
Mientras se hornean, podemos preparar las napolitanas. Después solo queda esperar a que termine de fermentar las masas que acabamos de hacer para preparar el pan y los bollos de leche sin chocolate.

-¿Los de pan, u otros bollos?-Bromeó
Oliver.-De acuerdo, me he pasado.

-Si te portas bien, a lo mejor te dejo amasar unos bollos especiales.-Martha no estaba segura de por qué se sentía tan libre de coquetear aquel día, pero tampoco tenía ganas de parar.-Vamos a preparar las napolitanas.

Había llegado el mediodía para cuando ya habían terminado de hornear los bollos de chocolate. El olor de la cocina era ahora incluso más dulce con el chocolate derretido y la masa horneada y crujiente. Oliver se sentía incapaz de dejar de olfatear con intensidad, intentando disfrutar de todos los olores que se concentraban. Se sentía embriagado. Martha, por el contrario, estaba acostumbrada y aunque lo disfrutaba, no se sentía tan derrotada por el festival de dulzor

que llenaba el cuarto. De hecho, el calor era casi intolerable con el horno trabajando al máximo. Tuvo que abrir una de las ventanas para que entrara algo de aire.

-¿Y ahora, qué toca?- Oliver se había sentado en una de las sillas, buscando un pequeño descanso.-¿Cuánto tiene que reposar lo que falta?

-Creo que esto ya podemos ir preparándolo...- Martha sacó una cubeta de masa.-¿Quieres amasar mis bollos de leche, Oliver?- No pudo evitar reírse. Aquello ya debía de ser exagerado. En cualquier caso, este respondió con otra risa, sin estar molesto.- No es muy distinto de los otros, pero las porciones tienen que ser más pequeñas.

Oliver se acercó mientras ella tomaba de nuevo su cortador para masas para preparar las porciones. Centrada y canturreando con la radio aún encendida, dejó listas las porciones. Mientras, escuchó como Oliver ponía el taburete a su lado.

-Mira, para estas más pequeñas hay que hacer una ligera presión...- Unas manos firmes y duras hicieron también una ligera “presión” en las caderas de Martha.- Sí, una cosa así, sí...- Su voz

empezó a temblar.-Con la palma, hay que asegurarse de seguir una forma redonda...

Las manos de Oliver empezaron a bajar hasta su oronda retaguardia. No era difícil para Oliver sujetarla debido a la corta estatura de la mujer. Martha, internamente, sentía chillidos llenando su mente. El lechero estaba sobándole el culo de verdad. El muñeco que repartía la leche y por el que suspiraba, estaba allí, con una actitud completamente distinta a su naturaleza dócil de siempre, metiéndole mano sin ningún pudor.

-¿Y ahora, panadera?-Su voz susurrante alcanzó el oído de Martha mientras ella intentaba seguir preparando las bolas.-¿Que tengo que hacer?

-Si—sigue amasando sin miedo...Hay que asegurarse que la masa queda con buena forma.-<<¿Pero qué estoy diciendo? Vale, que me hace tilín, pero follarme un muñeco...¿Seguro que está bien?>>Martha intentaba mantener la compostura, pero no era fácil. Las manos del muñeco serían más pequeñas que las de un hombre humano, pero eran firmes y empezaban a emanar calor. ¿O era su propia piel?-Más vale maña que fuerza...

-Entiendo...-Oliver empezó a recorrer el cuello de Martha con sus labios tallados. Una rígida lengua de madera, que salivaba, empezó a jugar con el lóbulo de su oreja mientras sus manos seguían trabajando su trasero. En un momento dado, apretó un poquito, lo justo para llamar su atención.-¿Así va bien?

-Sí, sí, muy bien...-Ella dejó la primera bola y empezó a amasar la segunda. Al inicio pudo mantener su ritmo habitual, pero su mente empezaba a divagar.-No sabía que te gustaran estas cosas....

-Como tú misma has dicho antes...Yo también tengo mi vida privada. Aunque bueno, ya hace tiempo que no tenía con quien divertirme por ahí...-Le dio un mordisquito en la oreja. A pesar del material de su cuerpo, sabía controlar su fuerza para no dañarla.

-Ya veo...¿Me estás diciendo que el lechero no ha estado repartiendo leche estos últimos años? -No se lo creía. Oliver era demasiado bueno como para no haberse ligado a una u otra mujer en el pueblo.-Muy mal...

-Qué le voy a hacer...Prefiero la calidad a la cantidad....-Oliver empujó sus caderas contra sus nalgas, mientras una parte ya estaba tan dura como el resto de su cuerpo.-¿Quieres que te ofrezca un poco de leche fresca?

-Uy...Te estás subiendo a las ramas, ¿eh?

Oliver siguió empujando su erección contra ella, cada vez más abstraído de la realidad. Su actitud empezaba a ser una pista de que lo que Martha sentía hacia él era mutuo. No había ninguna vergüenza, ni represalias. Querían darse hasta en el carné de identidad desde hace tiempo. Daba igual que fueran cada uno, eran dos adultos..."responsables", a pesar de estar incumpliendo algún tipo de reglamento de sanidad en una cocina. Al fin de cuentas, las manos de Oliver ya habían dado buena cuenta de sus pantalones y Martha ya tenía los pantalones y las brajas por debajo de sus rodillas. Aquello era una buena forma de desquitar la tensión sexual que se habían estado comiendo durante años, pero desde luego no era muy higiénico hacerlo precisamente en la cocina.

Martha dejó otra bola más, apenas terminando con la mitad de la tanda, mientras se

agachaba un poco contra la mesa para empujar su trasero contra la dura rama de Oliver. No estaba segura de si se trataba por ser de madera o si ella estaba más sensible, pero era capaz de reconocer cada parte del miembro -venas, glande, frenillo- a través de el pantalón y calzoncillos de la marioneta.

-¿Sabes las ganas que tenía de hacer esto?¿Tú sabes cuántas ganas tenía de darte un pedido de leche especial, Marthita?-Oliver estaba completamente centrado en ella.

-No lo sé, pero dímelo, por favor. ¡Dime cuántas ganas tenías!

Las voces de ambos estaban empezando a subir a un volúmen peligroso. Por mucho que la casa de la panadera estuviera apartada, nada impedía a un aldeano pasear y cruzar por la zona para terminar escuchando las burradas que se querían decir.

-¡Que tenía tantas ganas de meterte una baguette hasta dejarte sin ganas de hornear durante un mes entero, joder!-El muñeco por fin empezaba a sacar su lado más verdulero. Martha se sintió ganadora.-Perdón, se me ha ido...

-¡Que no, que no!;Que me pone mucho que me digas eso!-Martha suspiró mientras sentía las manos de Oliver trabajando al mismo ritmo que ella lograba mantener con las suyas.-Esta bien, es el momento ideal para decir esas cosas. ¡Suéltate un poco, si ya me estás sobando!

-Lo siento...-Oliver se calló nada más disculparse y carraspeó.-Venga, vamos a celebrar...Hay que terminar de preparar estos bollitos tan tiernos para poder ganarse el descanso...¿Verdad, panadera?-Mientras se reincorporaba, empezó a sujetar con algo más de fuerza su trasero.-Pero a mi me gusta lo natural, como a tí...

Martha resistió la tentación de girar la cabeza para ver como Oliver se sacaba su palo para inmediatamente meterlo entre sus nalgas y apretarlas con las manos. La mujer pelirroja sentía perfectamente todo lo que conformaba el grueso pene de madera. La forma en la que lo restregaba se volvía cada vez más feral y animal. Oliver acercó su rostro hacia ella y ofreció un mordisco en el hombro, de forma juguetona.

-¿Qué te parece? ¿Te gusta? ¿Quieres probar a ver si sale algo de leche fresquita? A lo mejor podrías introducirlo en alguna receta nueva.-Oliver se rió.

-Ay, menuda demanda me caería si alguien se enterara si se me llega a ocurrir meter algo de eso en las masas...-Martha empezó a reírse.-Pero aún no me has dicho que tal están los bollos que te he ofrecido, eh.

-Están tiernísimos.

-¿Y el pezoncillo? Admite que te ha gustado, venga.

-Todo de ti me gusta.-Oliver movió sus manos hacia arriba, entrando hacia la parte frontal del cuerpo, y enganchó otros dos bollos que no había tocado antes.-Todo, todo, panadera, se nota que sabes hornear buen material...

-No se como no he tirado con ficha antes contigo...-Martha no pudo más, y finalmente terminó de colocar la última bola de masa en la bandeja.-Y hablando de hornear, déjame meter esto al horno...y luego ya nos encargamos del resto.

-¿Queda tiempo?-Oliver la soltó y se sentó en el borde de la mesa.-Uf... te diría de abrir otra ventana, porque estoy sudando lo que no he sudado en la vida.

-Y más que vas a sudar... -Martha le dedicó una sonrisa picarona y colocó las bandejas en el horno.-No sabía que vosotros podíais evacuar fluidos.

Oliver se rió y empezó a tocarse a lo largo de su miembro. Una mirada propia de un animal cazador se dibujó en su rostro. La mujer conocía esa cara, la había visto muchas veces cuando era más joven, en su época de universidad. Pero nunca le había excitado tanto como aquella vez. Se acercó a Oliver mientras se sacaba su blusa y dejaba al descubierto sus hermosos senos. Estos realzaban aún más el cuerpo rechoncho y relleno de ella. El muñeco ya se había percatado de esa figura pero tan solo bajo tela. Ver esa carne suelta y delante de sus ojos estaba siendo un espectáculo que estaba sacando un instinto que creía deprimido.

¿Era correcto? ¿No había ninguna regla contra las relaciones humano-muñequil? En cualquier caso, tampoco estaba para ponerse a

pensar con la cabeza correcta. Tenía demasiadas ganas acumuladas de apretarse a su querida panadera y sujetarle los bollos hasta satisfacerse. Hizo un gesto con la mano para indicar que se acercara. Ella no se hizo de rogar. ¿Para qué?

-He estado esperando esto por mucho tiempo...Mi lechero...-Martha se agachó ante la mesa y se acercó al grueso falo tallado. Cada parte de caria del miembro estaba especialmente marcada y era fácil sentir todas las texturas. Con una mano, la panadera empezó a aprender todas esas formas pasando las yemas de sus dedos con gentileza. ¿Era por su experiencia amasando? Porque Oliver sentía que le estaba matando con su sutileza. Las manos fueron descendiendo hasta llegar a los testículos, que también en la línea del resto del cuerpo, estaban tallados. Eran especialmente redondos. Los dedos los recorrieron y posteriormente, Martha empezó a tocarlos de la misma forma que preparaba las bolas de los bollos, usando las palmas.

-Si sigues así...voy a terminar entregándote el pedido especial antes de tiempo...-Oliver notaba la madera de todo su cuerpo arder, y temía terminar estallando en combustión espontánea de gozo.-Pero ni se te ocurra parar, ¿estamos?

-No pensaba hacerlo. Tú de aquí ya no sales hasta que te haya dado un repaso como Dios manda.-Martha se quedó mirando la punta con una sonrisa golosa. Se preguntaba si al ser tallada, su glande prominente estaba siempre libre. Es más...¿Estaba permanentemente erecto? ¿Cómo podía esconder esa morcilla de tronco cuando no tenía que usarla? Sabía que estaban obligados a llevar siempre ropa, por lo que ver su interior podría asustar a más gente de la esperable por su completamente distinta anatomía. Se dio cuenta que no sabía demasiado sobre los muñecos o como eran más allá de las noticias. Pero ahora tenía la oportunidad de averiguar un poquito más.-Vamos a ver que tal sabe tu savia...

De un solo movimiento, se tragó el miembro sin mucha dificultad. Era grueso, si, pero afortunadamente no era largo. Eso facilitaba parte de la tarea. Martha se encargó de barnizar correctamente el tronco de arriba abajo. No quería pararse a pensar demasiado en elegancias, y dejó que la saliva se escapara de sus labios, dejando bien humedecida la superficie. Quería que fuese una experiencia salvaje, después de haberse centrado en el trabajo tanto tiempo y sentir su

instinto de nuevo despertar, necesitaba acción sin filtros.

-Hmmm.-Oliver no podía mediar palabra. Estaba centrado en sentir como la lengua de Martha serpenteaba por todas las partes que alcanzaba del miembro.-Sigue así, te lo ruego...-Se llevó una mano hacia la frente, que le ardía. Sus dedos instintivamente empezaron a apretarse contra el pelo, revolviendolo.-En cuanto termines, te pienso comer enterita...

-Más te vale...

La lengua de Martha lentamente recorrió cada milímetro del delicioso tronco hasta dejar la superficie brillante como una mesa recién terminada. Sus labios distinguieron cada peculiar forma, completamente inerte, aunque empezaba a notar pulsaciones - casi como si de un miembro humano se tratase.

-Oye...Que voy a...

-¡Espera, espera!-Martha se apresuró a sacarse la rama de la boca.-Entonces métemela ya, que tengo muchas ganas.

-¿No quieres que te devuelva el favor?-Por supuesto, Oliver tan educado como siempre.

-Ya me lo vas a devolver con esto.

Martha colocó al muñeco sobre la mesa, manchándolo completamente de harina. A él no le pareció importarle, puesto que estaba concentrado en la figura de la panadera, que estaba casi desnuda, solo la blusa abierta con el sujetador abierto hacia los lados, con los senos cayendo completamente descubiertos. Ella se posicionó encima de él, y colocó sus partes cerca de las de él para que se rozaran. Oliver alcanzó con sus pequeños brazos las nalgas de ella y las sujetó con fuerza.

-¿Quieres meterla? ¿Quieres meter tu barra en mi horno, lechero?-Martha sentía que se moría de vergüenza diciendo toda esa sarta de tonterías cachondas, las mejillas se le encendían del mismo color que su cabello. Sin embargo no quería parar.-A lo mejor está muy caliente para tí...

-¡No me importa!

Oliver sujetó las nalgas de Martha e irguió su miembro erecto para introducir la punta. Martha

hizo lo propio y bajó para introducirla más. De golpe, empujó con todo su trasero hasta dejar al muñeco clavado y firme contra la mesa.

-Je,je,je...Tú ahora no vas a ninguna parte....

-Tampoco tenía intención de hacerlo...Pero, así no puedo...

-Déjame a mi.

Martha empezó a mover sus caderas, al principio con torpeza. Al fin de cuentas, llevaba un tiempo sin hacer ejercicio, mucho menos de ese estilo. Sin embargo no se había olvidado de lo fundamental, y enseguida cogió un ritmo bastante interesante, jugando con las expectativas. Arriba, abajo, arriba, abajo...y de pronto se detenía a medio camino, dejando a Oliver expectante y a punto de replicar, para de nuevo retomar aún más rápido sus movimientos. A cada salida la rama haría un mayor movimiento de pulsación, el cual ella controlaba - un parón para acercarse a Oliver, cuya cabeza quedaba a la altura de sus pechos, para dejarle probarlos un poco.

Oliver los sujetó con sus manos, y sin apenas preámbulos, los lamía como un animal hambriento,

sin ninguna clase. Esto era igualmente agradable, dada la situación - un escenario morboso en el que estaban teniendo sexo en donde no era el mejor lugar, y causaría ciertos problemas si pasase un inspector de sanidad. Había que añadirle que aunque no hubiera reglas en contra de esa relación entre humana y marioneta, no dejaba de haber un sentimiento de que era tabú en el aire. El calor del horno trabajando y el sol ofreciendo un espectáculo de colores cálidos y hogareños solo hacía que aumentar esa atmósfera de ensueño en la que estaban absortos mientras copulaban sin ninguna preocupación - aparte de cumplir el encargo.

-He estado esperando esto por años...¡Años!-Oliver enganchó sus manitas de madera de nuevo en las nalgas de ella como pudo, e intentó mover sus caderas.

-Yo también...yo también, ¡Oliver!-Martha entendió sus señales y empezó a mover sus caderas de nuevo, completamente embaucada por el placer que sentía al ser empalada por el lechero sobrenatural.-Quiero que me la metas tú...

-Con gusto...señorita.-Un tono de voz juguetón se escuchó venir de la boca mecánica del

muñeco.-Permítame, pero voy a hacerte saber por qué me dieron el puesto de lechero...

Martha intercambió el papel - una dulce expresión sumisa empapada del sudor del momento le dio la bienvenida a Oliver. Este se quedó un momento observando la situación. La postura de completa sumisión, con una mano agotada estirada, y la otra reposando en sus pechos, cayendo sobre su torso con la blusa ya totalmente abierta y reposando sobre la mesa, llenándose de harina. Debajo, su barriguita, sudorosa, deslizándose hacia la oscuridad del contraste de la luz en su entrada, con un ligero felpudo de vello oscuro. Nuevamente volvía la luz, con sus piernas que terminaban de extenderse por la mesa, separadas para que él pudiera posicionarse entre ellas, brillando con un intenso color amarillo y blanco, haciendo de ello un cuadro de arte clásico.

Oliver sintió que jadeaba más de lo que había jadeado en su vida. Era plenamente consciente de todos los olores - los de la cocina y los de sus cuerpos. Su propio cuerpo sudaba, algo que no era común. Sentía el calor de su miembro, completamente endurecido y con una mezcla entre la saliva y el lubricante natural de ella cubriéndolo,

provocando un pinchazo de frío que deseaba eliminar. Y sabía la forma perfecta de hacerlo.

-Vas a ver...No vas a querer estar con nadie más después de esto.-Se agachó, acercándose a ella mientras observaba su propio falo acercándose más a su objetivo. Estaba a punto de reventar.-Te voy a rellenar como a un pavo, maldita sea.

-No te hagas de rogar y ensartame ya...

Antes de que pudiera salir una queja más de sus labios, Oliver se sujetó a los muslos y preparó la punta en la entrada. Martha jadeaba con suavidad en ese momento, pero su respiración volvió a acelerarse en el momento que el muñeco entró de un solo movimiento. Era de agradecer que no se trataba de un arbusto especialmente grande, así que la incursión del mismo dentro de ella no resultaba dolorosa. Es más, ahora con el al cargo podía moverse con total libertad. Algo que Martha notó como una mejora. Los empujones empezaban a ser más profundos, llegando a las zonas que más le interesaban.

-¿Te gusta? Dime que te gusta.-Oliver mantuvo un ritmo estable, procurando no excederse. Quería disfrutar del momento.-¡Dímelo!

-¡Me encanta! ¡Sigue, por favor!

La urgencia crecía. Ambos necesitaban desfogarse. Sin florituras, Oliver empezó a clavarse dentro de ella hasta lo más profundo que llegaba, con sus testículos de madera apretándose contra sus nalgas. El ruido creado por las duras gónadas contra la piel sudorosa a gran velocidad resultaba hipnótico. Un sonido sordo con un tono agudo causado por los fluidos acumulados y que emanaban desde la percusión de la madera en la carne.

-¡Más! ¡Más!

Oliver sentía la presión que caía sobre sus hombros. Pero no planeaba rendirse. Procurando no detenerse en seco, se pasó el dorso de la mano para quitarse un poco del sudor. Martha lo notó y le pasó un poco de la blusa con una mano, y con la otra hacia abajo sujetaba su cadera para empujarle hacia adentro.

-Gracias...Eres un cielo.-El muñeco puso su cabeza entre sus senos caídos y la abrazó con sus cortos brazos.

Martha le correspondió. Sus brazos lo rodearon y durante un momento, un breve descanso, pudieron respirar y centrarse un segundo el uno al otro. Los ojos esmeralda de Martha se cruzaron con los ojos azules de Oliver. El muñeco y la mujer se miraron por unos momentos de calma. La mano de la panadera acarició su espalda de forma instintiva - y este se estiró todo lo posible para darle un beso.

Los labios de madera se abrieron ligeramente para recibir los de ella, con gentileza. Una de las manos de Martha regresó y se colocó sobre su cabello, desordenandolo mientras apretaba la cabeza contra la suya.

-¡Ow!-Martha se dió cuenta de que la había presionado un poco de más.-Casi me clavo otra cosa que no sea tu chapata.

-Perdón.-Oliver se disculpó, aún sin necesidad, y alejó la nariz un poco.-Deja que me gire un poco...

Un pequeño chirrido se escuchó al girar él su cabeza, y la besó de nuevo. Martha se encontró extasiada mientras sus labios se comían el uno al otro. Podía disfrutarlo con calma, mientras se susurraban con el sonido de sus alientos cuando necesitaban una ligera pausa. Los labios de Martha, suaves y húmedos, recorrían los rígidos bordes de los de Oliver, que procuraba no apretar para evitar daños - incluso después de haberla provocado como un animal, era incapaz de ser tan bestia, aunque la panadera apreciaba eso de él.

En un momento dado, intentó capturar los labios con un mordisquito, a lo cual recibió como respuesta que ella intentara colar su lengua. Sin hacerse de rogar, Oliver dejó que su lengua cincelada se encontrara con la de Martha para jugar un rato. Se sentía cada vez más inestable, mientras la besaba, intentando controlar sus caderas para no terminar de inmediato. Pero Martha era sabia en estos temas. Sus piernas se cruzaron, apretándolo y fijándolo hasta el fondo de ella, indicándolo con una pequeña mueca de placer al notar sus puntos más dulces siendo estimulados. Oliver se separó un poco del beso a su pesar, para observarla otra vez.

-Creo...creo que ya no puedo más...

-Entonces...¿Qué le parece si hace ya la entrega?

Un segundo después, Martha ya estaba de nuevo gimiendo. Oliver no necesitaba más órdenes: era el momento de dar paso al gran final. Con su cuerpo bien sujeto a ella y hundiendo su cabeza en sus senos mientras sus caderas volvían a retomar su trabajo, estaba todo listo para el gran final. Con algo de ingenio, Oliver se las apañó para lograr rozar el clítoris de ella mientras seguía con la penetración. Con torpeza, debido a su tamaño y su cuerpo no siendo el más flexible. Pero suficiente para que ella lo sintiera. Siguió con su cabeza entre sus senos, frotándolos con las mejillas en un modo amoroso.

El ruido de los jadeos - la madera contra la piel - la radio, que sonaba de fondo como un espejismo - y el fuego del horno, la mente de ambos empezó a ser menos racional. Lo único que ya eran capaz de sentir y afirmar que era real eran sus cuerpos, unión de carne y talla, en un tango cuyo ritmo se marcaba con cada estocada. No quedaba mucho más tiempo, y el click - el orgasmo - fue primero en ella, para su sorpresa.

-¡Ah!;Ah....Aaaaaah!-Los jadeos de Martha llegaron ligeramente ahogados.

-Vaya...te me has adelantado, ¿eh?-Oliver notó que estaba a punto de quedarse sin fuerzas. Pero no tenía ganas de terminar la carrera sin cruzar la meta, aunque fuera de segundo.-Aguántame un poquito más mientras termino...

Martha lo sujetó aún más con sus piernas cruzadas, aunque se estaba quedando sin fuerzas. Todo su cuerpo estaba recibiendo una sacudida de placer que le dejó la mente en blanco. Finalmente, cuando la descarga había recorrido por todas sus extremidades, no pudo sostenerlo más, dejándolo a solas. Pero por suerte, no necesitó mucho más. Un pequeño esfuerzo. Y finalmente, haciendo honor a su profesión, una carga blanca y espesa, fue introducida. La panadera ofreció sus bollos, y el lechero se encargó del relleno, como prometió. Un pequeño espasmo de placer recorrió su cuerpo y finalmente cayó rendido contra ella.

-¡Las ventanas!

Martha se sentó en la mesa y casi tiró al títere al incorporarse con brusquedad. Oliver, algo aturdido, intentó comprender.

-Sí, aquí hace un calor del demonio...Hay que abrirlas más...

-¡Ya están abiertas de par en par! ¡Como nos haya escuchado algún vecino! Como la guarra de Elizabeth...Esa es una cotorra sin plumas...

Oliver se sacudió un momento la harina de la ropa mientras observaba a Martha...siendo Martha otra vez. Ella intentó incorporarse y él no pudo evitar fijarse en el movimiento de sus nalgas al levantarse - medio hipnotizado, tardó en enterarse de que ahora se dirigía a él.

-¡Y nos hemos pasado de rosca! ¡Hay que hornear lo que queda YA!

Y cuando era hora de hornear, no había otra cosa más que hacer que hornear. Oliver se lavó las manos y echó un poco más de leña al horno. Martha se apresuró a lavarse las manos también y limpiar la mesa con desinfectante incluido. La gran mesa de madera estaba hecha un desastre entre la harina y los fluidos corporales que adornaban por

encima no ayudaban. El lechero estuvo a punto de comentar algo sobre lavar las ropas también. Martha, que estaba hecha su manojito de nervios habitual, simplemente la tiró a un lado y llevó la masa del pan a una encimera limpia para no darle más vueltas. El gorro sanitario estaba...a saber donde estaba a causa del ratito divertido, porque desde luego en su cabeza, no lo tenía. Para no ponerla más histérica, Oliver se acercó y empezó a imitarla para terminar cuanto antes.

-¡Tendríamos que haber dejado eso para luego! ¡Agh!

-¿Y lo bien que nos lo hemos pasado?

Ella no dijo nada e intentó evitar la mirada. Estaba como un tomate. Él también. Estaba tan mareado del calor que dudaba de siquiera haber tenido sexo hace unos instantes. Había sido un sueño...pero estaba seguro de que no se había dormido, como para confundirse...¿O había sido una alucinación? De nuevo todo parecía tan normal...Pero había ocurrido. Oliver echó un vistazo al cuerpo aún desnudo de Martha. Una pequeña parte de su leche especial estaba escapándose del recipiente, cayendo por las piernas. Definitivamente, todo había sido real.

-Ve colocando lo que ya está horneado en esas cestas y lo tapas con esas mantas limpias... Luego hay que cargarlo.

Tras una mirada al reloj para acelerar la tensión, unos cuantos gritos de histeria y unas horneadas, todo el pedido estaba completo. Oliver y Martha se lavaron como pudieron y se pusieron ropa limpia. Oliver no tuvo otra que ponerse algunas prendas viejas de los hijos de Martha - no tenían ninguna ropa de adultos para su tamaño. En cuanto la furgoneta estuvo cargada, era el momento de marchar. Costó algunos gritos más por parte de Martha, que le chillaba a todos los conductores que tardaban en arrancar en los cruces. Oliver ofrecía algunos gestos para calmarla, afirmando que llegarían a tiempo. Cosa que ocurrió, a pesar de los nervios de Martha.

-¿Le viste la cara al tipo ese?;Queriendo racanear con los panes cuando se ha gastado no se cuanta pasta en toda la fiesta!;Quería los panes más baratos!;Pan!;Lo más barato que hay!-Martha contaba los billetes aún sentada en la furgoneta y anotaba todo en una libreta. Ser autónoma era

probablemente lo más difícil de su trabajo. En esos momentos es cuando agradecía que la gente del pueblo fuera clientela fiel y no tenía exceso de problemas con el dinero.-¿Viste qué cara tenía?¡Parecía un bacalao con pelo! Seguro que ni sabe apreciar el sabor de los bollos...

-Sí, le vi la cara. De verdad que la vi.-Oliver sentía que se caía de sueño. Llevaba despierto desde las 3 de la mañana y ya eran casi las 5 de la tarde. En nada sus ojos quedarían cerrados herméticamente, aunque no tuviera un sitio donde tumbarse.-Martha...¿Te importa que me eche una siesta? O mejor, creo que debería irme a casa...

-Ay, sí, perdona...Primero te ofreces y te arrastro y te dejo hecho un trapo de segundo...-Martha aparcó la furgoneta dentro de su pedregoso jardín. Oliver se cayó sobre su regazo con el temblor, pero no hizo el amago de ponerse de nuevo en su sitio. Martha, preocupada, le quitó la gorra y le acarició el cabello. Este giró la cabeza ligeramente - era de etiqueta para ellos no girarla a 180 grados para evitar sustos a las personas - y mirando de reojo, puso la voz más lastimera y falsa que pudo.

-Si yo me había ofrecido de buena gana, por eso no te voy a decir nada...¿Pero no voy a recibir ni un beso de buenas noches? Eres mala, mala bicha...

-¡Serás condenado!.-Martha se colocó un mechón del pelo hacia un lado y se acercó para darle un beso.-¿Mañana también habrá pedido especial? Es que tenía pensado cerrar y descansar...ya sabes...

-Yo te traigo lo que quieras, encanto...

El muñeco se sentó sobre sus muslos y le sujetó la barbilla con firmeza para tener su rostro frente a ella. El beso fue el más dulce hasta el momento. Ninguno quiso que terminara.

-¡Mirala!;Y tú queriendo volver antes para hacerle las tareas para que descansara!

Dos chavales en edad de bachillerato y universidad respectivamente, estaban mirando desde la puerta de la casa, viendo a través del cristal lo que ocurría en el asiento del conductor. El mayor se acercó un poco más, con una sonrisa socarrona.

-¡Niños! ¿Vosotros no os ibais a quedar en casa de un amigo?

-Lo has dicho bien, en pasado. Pensábamos. Pero el tonto este, que tuvo la idea de venir a hacerte la cena y todo para que te relajaras del trabajo...

-Venga, tampoco es tan malo.-El hermano mayor rehuyó de las quejas para picar un poco a su madre.-¡Encima que nos encontramos con algo divertido! Ay, Ma, si que eres una mujer moderna...¡Mira que tirarte al único muñeco del pueblo!;Dí que sí!

-¡Niños!

Martha salió del coche preparando una de sus zapatillas. Oliver, sin saber dónde meterse, solo podía ver la escena suceder, como una película y sin botón de pausa. El hermano mayor hizo un gesto al menor para que fuera empezando a correr mientras contenía la risa.

-¡Oye, Ma! ¿Entonces has encontrado interesante la carpintería?.-La primera zapatilla fue a parar en el bebedero de las aves.-¡Uy, esa puntería!

-Déjala, seguro que está cansada de barnizar.-El menor estuvo a punto de quedarse con la segunda.-¡Perdón!

Ambos salieron corriendo para entrar en la casa, aún riéndose. Martha suspiró.

-Cada día más impertinentes...

-Bueno...-Oliver asomó la cabeza del auto.-Al menos no les ha causado un trauma...supongo que eso es que no les importa...

-Ellos son los que me trauman a mí.-Martha se rió.

-Ay...

Oliver salió finalmente del auto, tan colorado como ella. Se posicionó a su lado y le tomó la mano para llamar su atención. Martha, menos azorada, le miró.

-Aún hay que...hum, terminar de fermentar esta relación.-Se agachó un poco para apoyarle contra su cuerpo rollizo. Él no opuso ninguna

resistencia.-Pero si quieres, puedes quedarte hoy a cenar...

Martha dejó caer con tranquilidad la propuesta, pero el muñeco saltó para responder efusivamente.

-Me encantaría.-Oliver la abrazó.-¿Vamos? A ver como cocinan esos chavales tuyos...

-Más te vale que empieces a tener miedo...

Ambos se rieron, y entraron al hogar, sin soltar sus manos en ningún momento.

FIN

Escrito y arte de portada por YogurPCreations.

Publicado en 12, Junio 2023

Twitter: @yogurudoujin

Email: yogurpcreations@gmail.com

Gumroad: <https://yogurudoujin.gumroad.com/>

Patreon: <https://www.patreon.com/yogurp>

